

Nuestros silencios

Por qué callamos

LAURENCE JOSEPH

Traducción de Palmira Feixas

gatopardo ensayo 

Título original: *Nos silences. Apprendre à les écouter*

© Autrement, un sello de Éditions Flammarion, 2025

© de la traducción: Palmira Feixas, 2026

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.^o-1.^a

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: febrero de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: © Katrien De Blauwer

Imagen de solapa: Jean Philippe-Baltel © Éditions Flammarion

ISBN: 979-13-991088-8-0

Depósito legal: B 1797-2026

Impresión: Liberdúplex, S. L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El amor es el milagro de que algún día te oigan hasta en tus silencios y, a la vez, de oír tú con la misma delicadeza: la vida en estado puro, tan leve como el aire que sostiene las alas de las libélulas y se regocija con su danza.

CHRISTIAN BOBIN

Tendré que callar y dejar que opinen los que lo necesitan más que yo. Es a ese silencio al que debo aspirar. Es hacia ese silencio que apuntan estas palabras, como las balas de un tirador concentrado en la meta lejana, como flechas a punto de ser disparadas por un arco tensado al máximo para que lleguen lo más lejos posible.

Pero, por el momento, ya que tengo la palabra, porque me la dieron o porque la tomé, voy a ir hasta el final.

NEIGE SINNO

INTRODUCCIÓN

¿Qué papel desempeña el silencio en nuestra vida? Para algunos es un tesoro, un sueño; para otros un infierno. Descrito como propiedad acústica, como acto deliberado o forzado, el silencio parece escaparse a una definición sencilla. Si tratas de acotarlo, enseguida te das de bruces con sus paradojas. Puede ser tanto el silencio del aislamiento voluntario como el silencio culpable del secreto. Este último, en el caso del incesto, por ejemplo, al principio consiente y deja hacer, pero luego pesa y encierra a una familia en la vergüenza; es como una bomba de relojería. Más que ningún otro, está ligado a la prohibición de decir algo, constituye un secreto bien guardado en torno a la apropiación de un relato. A veces, de manera equivocada, el silencio se confunde con lo inefable, aunque en realidad carece de destinatario y de reconocimiento. Por eso desconfío tanto del uso manido de la palabra «indecible», que a menudo simplemente encubre la *omertà*. El silencio de algunos es una súplica que no ha llegado a buen puerto.

Las palabras del silencio

La etimología de la palabra «silencio» remite a la inmovilidad. Existe una gran semejanza entre el término latino *sileo* y los términos griegos *siopaō* y *sigāō*, que significan indistintamente «callar» o «hacer silencio». Partimos, pues, de *silere*, *sileo*: «permanecer callado», «estar en reposo», algo que recuerda a la naturaleza silenciosa y apacible, al amanecer, a lo que en inglés se llama *stillness*, que está relacionado con las naturalezas muertas: *still life*. Naturalezas muertas, pues, compuestas por objetos vivos, manipulables y ruidosos en la vida cotidiana que, en la pintura, se muestran inmóviles y se someten a la mirada. Invitan a reflexionar sobre la existencia y a menudo sobre su vanidad, de ahí que las naturalezas muertas abunden en los jardines japoneses, unos jardines filosóficos donde los conceptos de creación y de vacío inspiran a los monjes una profunda meditación. Desprovistos de su movilidad y de sus ruidos, su ralentización aviva el pensamiento. El silencio, pues, instaura inmovilidad y calma, un tiempo de conocimiento y de observación. En latín, los muertos también se llaman *silentes*. Así, el silencio casi marca un estado del ser.

Cuando la luna mengua, también se dice que *silet*, antes de volverse invisible, de desaparecer. Por tanto, la palabra *sileo* no solo encierra la idea de la desaparición, sino también la de extinción, desvanecimiento. Una vuelta a la nada. En el curso que impartió en el Collège de France sobre lo neutro, Roland Barthes dedicó una parte al silencio.¹ Precisó: «También se dice que el brote o

el sarmiento que todavía no ha aparecido *silet*, “calla”, o que el huevo que no ha sido empollado *silet*, “calla”».²

Así calló también la piedra y se hizo el silencio en la montaña, por donde fueron él y el otro. [...] ¡Pobre martagón, pobre ruiponce! Allí están los primos hermanos, están en un camino en la montaña, el bastón calla, la piedra calla, y el silencio no es un silencio, ninguna palabra ha enmudecido, ninguna frase, es simplemente una pausa, un blanco, un vacío, tú ves todas las sílabas que se alzan alrededor; lengua son y boca, estos dos, como antes.³

El otro verbo latino relacionado con la ausencia de ruido es *tacere*, que significa «callarse» (en francés, *se taire* se parece muchísimo al latín), y designa el silencio verbal, la ausencia de discurso, que está limitado, ceñido, constreñido. De *tacere* derivan «tácito» y «taciturno». *Tacere*, pues, se refiere al silencio verbal, a las palabras que no se pronuncian, mientras que *sileo* nombra un estado.

Existen más palabras ligadas al silencio: «mudo», del latín *mutus*, que no puede o no quiere hablar, «¿se te ha comido la lengua el gato?», «¿estás mudo o qué?», pero también del griego: «afásico», compuesto por el prefijo «a», que denota privación, y *phasia*, «habla», un término médico acuñado por Armand Trousseau en 1864 para designar los trastornos cognitivos que afectan al habla. De hecho, la afasia de las pacientes histéricas fue una de las primeras cuestiones clínicas que interesaron a Freud.

Recientemente, se ha incorporado al diccionario el verbo «silenciar» para referirse al hecho de reducir a alguien al silencio, de invisibilizarlo. Silenciar a otro es una forma de controlarlo, de ponerlo en peligro e impedirle que tome la palabra. No solo revela un síntoma, un mecanismo como la represión psíquica o la memoria traumática y las rupturas de la memoria autobiográfica. En efecto, conviene subrayar que, en la violencia de género, la violencia contra las minorías y la infancia, silenciar a alguien es el resultado de una acción premeditada.

Así, la palabra «silenciar» reconoce un error respecto al silencio: lo que suele interpretarse como *sileo* a menudo es un *tacet*; la inmovilidad de quien guarda silencio no es voluntaria, sino que es fruto de un sistema que acalla a distintos individuos.

A fin de cuentas, «hacerse el silencio», «reducir al silencio», «entregar al silencio» o «romper el silencio» son expresiones habituales que recurren al silencio en un sentido u otro, que lo aplican, que lo evocan. Así, el silencio queda en manos de la gente, sean partícipes, amantes o víctimas de él. En realidad, por mucho que en el imaginario colectivo parezca algo inocente, el silencio se desplaza, se adapta, invade, llena, vacía. Invita a alumbrar el entendimiento, de manera que no se puede reducir a esencialismos, y exige una aproximación humilde, porque a veces sus efectos nos superan y se nos escapan hasta el punto de paralizarnos.

¿Cómo abordarlo sin perturbarlo? ¿Cómo captarlo si no dice... nada? ¿Acaso el hecho de concebir el silencio como algo elocuente lo despoja de su rasgo esencial? ¿Atribuirle una virtud o un defecto significa moralizarlo y utilizarlo? ¿Trastocarlo, subvertirlo con una vulgar negación? ¿Intentar hacer ruido en torno a él ya es una forma de traicionarlo, de comportarse como un niño que teme el silencio y prefiere oír ruidos para dormirse? Encerrarlo en un paradigma siempre será una traición.

Como recuerda Freud, la angustia infantil está provocada por tres elementos: silencio, oscuridad y soledad. Esa tríada augura una situación en la que el ser humano se confronta a un elemento que, el resto del tiempo, le resulta extraño. De esa extrañeza nacen estados críticos en que la sensibilidad se altera, se manifiesta de otro modo, en sordina, se difumina o se paraliza, en que no regimos de manera habitual.

En efecto, un minuto de silencio es soportable, hasta puede convertirse en un momento de recogimiento, pero ¿qué sucede cuando se alarga? Pasado ese minuto, se torna en un silencio que podríamos definir como «incómodo» o «mortal». ¿Quién no ha sufrido esos silencios prolongados, fuera de lugar, que nos ponen contra las cuerdas? ¿Qué nos sugieren las «pausas» en una conversación? ¿... que no tenemos nada que decirnos o que todavía no se ha dicho nada? ¿Por qué el silencio nos aterra de manera repentina? ¿Qué significa eso?

¿Acaso el hecho de atravesarlo, de soportarlo, de buscárselo, demuestra que lo entendemos en toda su pureza? ¿Los amantes del silencio son sus mejores conoceedores? ¿Qué virtudes tiene el silencio, qué dimensión otorga a una jornada, a una noche, a una vida? ¿Qué le debemos? ¿Qué experimentamos cuando se desvanece? ¿Qué perdemos en ese instante?

Además de los amantes del silencio, están sus rehenes, así como sus artífices, aquellos que crean las condiciones necesarias para que se produzca un silencio obligado. En esas ocasiones, conviene indagar —porque el silencio está hecho para los curiosos— qué relato se esconde detrás, al lado o delante de un silencio. Porque el silencio puede desempeñar papeles distintos: según algunos, puede *incubar* un discurso o, por el contrario, puede ser la señal de que se ha erradicado; la señal de que se ha eliminado un discurso, es decir, que se ha esterilizado el lenguaje de ciertos individuos a quienes se les impide *encontrar sus propias palabras*.

Este ensayo no pretende ser un estudio monográfico sobre el silencio, sino más bien sobre *nuestros silencios*, los de las comunidades humanas cuando contienen el aliento, se cruzan la mirada, entonces pasa un ángel y ya nadie se mueve, y se miran atónitos de que haya vuelto a pasar un ángel. ¿Por qué a veces la gente se calla a la vez como si lo hubiera acordado de antemano? ¿Acaso esos silencios organizados revelan un conocimiento sobre la condición humana?

Como condición indispensable para el lenguaje y la música, el silencio es la huella de una presencia del pasado. Dos regiones para dos versiones del silencio: por una parte, *sileo*, que se podría traducir como «quedarse en silencio», algo contemplativo, humilde, en los albores de un nuevo diálogo; por otra parte, *tacet*: cállate, guarda silencio, tú no tienes nada que decir al respecto.

Cada región del silencio conduce hacia una orilla. La orilla de la locura, la de la somnolencia, la del sueño, la del éxtasis, la de lo inefable o la del grito; el silencio coquetea con un estado crítico.

Las sombras

Al situarlo en el centro, parece que el silencio cree sombras y manchas, que agrande algunos espacios o empequeñezca otros. El silencio produce efectos distintos que la palabra, pese a ser inherentes el uno a la otra, se integra en el discurso y a veces lo transfigura —en el sentido de transformarlo, de ser el arquitecto que puede metamorfosearlo—, simplemente a través del arte de la retórica que se enseña desde la Grecia antigua. El caso es que los instantes de silencio nos empujan a creer, a confiar en el otro. Sin necesidad de pronunciar palabra, esa clase de silencio refleja cierta actitud.

Cabe preguntarse: ¿respeta el otro mis silencios, mi manera de desaparecer, de no decir nada, o, por el contrario, me condena al silencio? ¿Convierte el silencio en un espacio de confianza o de manipulación?

¿Qué es una sombra? Según el diccionario, una «imagen oscura que sobre una superficie cualquiera proyecta un cuerpo opaco, interceptando los rayos directos de la luz; oscuridad, falta de luz, más o menos completa». Generalmente, se distingue entre dos tipos de sombras: la propia —la cara no iluminada del objeto— y la proyectada en un muro o una pantalla.

Sombra 1: Aunque estoy sola, decido observar un minuto de silencio. Esa expresión —«observar el silencio»— siempre me ha sorprendido, como si de repente me pusiera a mirar un silencio en mi interior: ¿qué veo en él? Siempre algo distinto a mí; sigo buscando. Busco mis palabras, busco mis recuerdos, creo un diálogo íntimo que me confronta con la extrañeza, con las metamorfosis de una presencia. El silencio es la condición de posibilidad, como un pudor del sonido frente a lo que busco. Tanto la plegaria como la tradición oriental de la meditación o el duermevela son caminos que recorrer. La cuestión es callarse para que surja un relato sagrado, al menos para mí.

Sombra 2: Si en una conversación me callo justo cuando esperaban que hablara, molesto al otro, lo incomodo, le demuestro, a través de mi silencio, que no puedo o no quiero contestar, de manera que el otro se cuestiona lo que acaba de decir: lo obligo a examinarse en el espejo de sus palabras. Si mi silencio se prolonga, no solo examina sus palabras, sino a sí mismo. Mi falta de reconocimiento siembra la duda, resquebraja la confianza, tal vez genera humillación o desasosiego, es decir, una

falta progresiva de sentido. *El silencio*, una pieza radiofónica y teatral de Nathalie Sarraute, demuestra cómo puede llegar a extenderse esa sombra, a ganar terreno hasta generar una angustia colectiva. Esta ya se vislumbra en el personaje H.1, en una de las primeras veces que se dirige a Jean-Pierre, el personaje de la obra que está encerrado en el mutismo:

Una sola palabra. Un pequeño comentario sin importancia. Le aseguro que cualquier cosa bastaría. Pero debe de ser algo superior a usted, ¿verdad? ¿Está «amurallado en su silencio»? Creo que se dice así... Querría salir y no puede, ¿verdad? Algo lo retiene... Es como en los sueños... Lo comprendo, sé lo que es...⁴

Sombra 3: Me piden que «guarde» silencio, y entonces las sombras que hay en mi interior se multiplican, obligada como estoy a no revelar nada, a no decir nada. Para colmo, si lo que debo callar es una violencia de la que soy objeto, esta se vuelve contra mí, el silencio que guardo bajo amenaza producirá síntomas. El cuerpo distingue los diferentes tipos de silencios; los impuestos siempre se transforman. Esos son los efectos perversos del silencio.

Suspirar

En la consulta, necesito empezar la jornada con un cuarto de hora de silencio. Si me lo salto, empiezo el

día con mal pie. A esa hora todavía no llaman al timbre, ni debo consultar apuntes, ni hay pacientes en la sala de espera; el silencio que reina en la consulta preludia el único rato de quietud antes del ajetreo: un respiro. Ese silencio es mi favorito porque anuncia las palabras que vendrán, los desafíos de la jornada. Los siguientes silencios, los de las sesiones de psicoterapia, serán silencios de construcción, de abandono, de tristeza, de revelación, de la verdad a veces e incluso de hastío. Durante un cuarto de hora, creo ingenuamente que el tiempo está en mis manos. Por tanto, hay un primer silencio que es la condición indispensable de los demás, un silencio matriz interrumpido únicamente por algunos ruidos familiares, que ni siquiera oigo; el café no hace ningún ruido. La rutina genera silencios obedientes.

Adentrarse en el silencio también significa ser consciente de la fuerza de las palabras, de los relatos; reconocer su poder, su rugosidad o su brillo inmediato. Decidir callarse un poco, entre medio. Al silencio se llega como a un cuarto. Entonces el silencio consiste en «acallar» los ruidos interiores, las dudas y las interferencias de la cotidianidad con el fin de entregarse a lo inesperado, a lo que surja. Ese tiempo de preparación está teñido por la confianza. Sé que, cuando termine, podré continuar, aceptar, adaptarme, arreglármelas, sentir cansancio, impaciencia o entregarme a las ensñanzas. Ese silencio es una especie de temporalidad neutra y suave, que se aviene a no ser sino una materia.

Ese silencio, en cuanto condición de posibilidad de una jornada clínica, es casi como una promesa.

El sentido y el silencio

El silencio recorta los sonidos y las sílabas, permite que la palabra viva, que los sonidos se distingan. Sin silencio, ningún sentido sería posible, ninguna melodía podría tocarse. La lectura de un texto o la interpretación de un fragmento musical suena distinta según la cualidad de sus silencios. Las pausas musicales determinan la lectura de una partitura. El silencio de negra dura igual que una negra, tiene el mismo valor, lo que no se toca vale tanto como lo que se toca. Cada figura de silencio es el equivalente de la duración de una nota; por ejemplo, una corchea vale medio silencio de negra, dado que este consta de silencio de blanca, silencio de negra, silencio de corchea y silencio de semicorchea. La música cuenta con siete signos de silencio. ¿Cuántos han creado los seres humanos? ¿Tenemos tantas clases de silencio como de palabras? ¿Existe un reverso de las conversaciones en pausas y silencios? El silencio de la ira, de la devastación, de la ironía, del deseo, de la ternura, de la añoranza, del rechazo...

En francés, el silencio de negra se denomina *soupir*, que también significa «suspiro», aunque en la lengua de la calle un suspiro no sea exactamente un silencio, sino una «aspiración fuerte y prolongada seguida de una espiración, acompañada a veces de un gemido y que suele denotar pena, ansia o deseo», según el diccionario. Aparece en la expresión «hasta el último suspiro», que presenta el suspiro como el último rastro de alguien,

de su respiración, de sus órganos, una vez que las palabras se desvanecen. Antes de que estuviera ligado a la emoción, el suspiro se consideraba un eructo, un hípido. Lejos de todo lirismo, manifiesta un acto mecánico del cuerpo, una respiración con sus propiedades fisiológicas, que relaja por completo la caja torácica y permite llenar al máximo los alveolos pulmonares. Así, suspirar consiste en respirar hondo antes de lanzarse, es un punto entre dos estados. Ese paso de un estado a otro se refleja en el cuerpo: la sangre baja a las piernas, el corazón se desboca, muda el color de la tez, se anuncia algo que resuena, todo eso cabe en un suspiro. Esos movimientos convergen en un soplo. Por medio de un sonido, el cuerpo introduce en el discurso algo que todavía no se puede decir y que tal vez nunca se diga, algo que no encuentra una traducción verbal, tan solo un soplo que modifica ligeramente el silencio. El cuerpo se aferra a un *casi* sonido para expresarse, aunque quisiera esfumarse.

El entremedio

El silencio, pues, encarna ese entremedio, ese intervalo, un espacio transitorio, un suspiro en el discurso. Por esta razón —y me parece fundamental recordarlo desde el principio—, el silencio no es lo contrario de la palabra, sino su condición. Al margen de la inteligibilidad del discurso, que requiere las pausas propias de la respiración, el silencio es el dueño del discurso. Lo demues-

tra la experiencia del psicoanálisis; el silencio atento del analista solo tiene una base: la escucha silenciosa. Permite que, poco a poco, el paciente crea en sus propias palabras, las revuelva, las ausculta, las junte y a veces simplemente las *expulse*, las *alumbre*, como se diría en términos mayéuticos. Se trata de expulsarlas de un silencio interior, debido a la represión, la negación o la estupefacción, da igual de momento, pero la cuestión es desprenderlas del embrollo en que se había perdido la historia y se había difuminado el relato. Cualquier palabra, sea intrascendente o decisiva, rearma al individuo, pero esa conciencia de reapropiación progresiva solo puede darse a partir de la práctica del silencio, que presupone que el analista sabe cuándo intervenir. Esa práctica también pasa por el cuerpo.

¿Cómo es la experiencia de callar mientras escuchas, de conservar el puente que te une al otro sin necesidad de abundar en su sentido, de reírte o de indignarte, sin decir qué opinas? ¿Cómo es la experiencia de aprender a callar en provecho del otro y de su armamento lingüístico, con el propósito de que pueda explorar y explotar su discurso? ¿Cómo se aprende?

«El silencio no es la ausencia de voz. Por el contrario, es el vacío que permite que todas las voces resuenen.» (Thierry Laget a propósito de Stendhal.)

Discrepo de los psicoanalistas que confunden su mutismo obstinado (figura de la muerte) con esa parte más íntima, ese vacío que permite que todas las voces resuenen. Re-

suenan en los sueños, resuenan en el discurso cuando logra despojarse del yo «querido» y se aviene a abrirse, a abandonarse a todas las voces —ignoradas en su mayoría u olvidadas— que se encuentran en el interior y que han aguardado mucho tiempo antes de dejarse oír.⁵

Esta práctica del silencio no tiene nada que ver con un silencio sistemático, absoluto y caricaturesco; por el contrario, se trata de una calma que aguarda, acecha, recoge, atrapa. Tras las palabras que brotan del individuo, existe la necesidad de ser creído y comprendido, la exigencia de obtener respuestas, por supuesto, pero, ante todo, la necesidad de creer incondicionalmente en el lenguaje y en su forma de sostenernos, de apuntalarlos, de describirnos, o bien de acabar destruyéndonos.

La práctica del silencio exige saber cuándo interrumpirlo. No se trata simplemente de «callarse la boca» o «cerrar el pico».⁶

PRIMERA PARTE

CREER EN EL SILENCIO O LA ELECCIÓN DEL SILENCIO

Dos diosas y un niño para una sola palabra: Angerona, Tácita y Harpócrates

El célebre arqueólogo italiano Filippo Coarelli descubrió la situación exacta en Roma de los altares dedicados a las dos diosas del silencio y al dios de la palabra, Ayo Locucio. Su altar se encuentra junto a la Porta Romanula, al norte del monte Palatino, cerca del altar dedicado a la diosa Volupia. El presente ensayo está presidido por dos diosas: Angerona lleva una mordaza en la boca y simboliza el silencio voluntario; junto a ella, Tácita, con la lengua cortada, está condenada a callarse.

Como Angerona y Tácita apenas son conocidas, más adelante profundizaré en su historia, pero el hecho de que sean dos diosas, en lugar de una sola, indica que el silencio tiene dos caras o puede formarse a partir de dos realidades antagónicas. El silencio es una elección (sumirse en el silencio, hacer silencio, guardar silencio)

o una orden (ser reducido al silencio): deseas callarte o te arrancan la lengua. Es imposible reflexionar sobre la naturaleza del silencio sin comprender enseguida que a menudo es engañoso, que sus sombras se desbordan y se multiplican, engendrando otras. Aunque al principio sea algo íntimo, elegido, como una especie de caparazón, con el paso del tiempo el silencio puede volverse desconcertante, una trampa en la que caes, como si se torciera. El silencio que habías elegido con el propósito de no herir al otro acaba arruinando e impidiendo una relación o un vínculo.

Así, el silencio puede parecer una fuerza, pero también puede resultar una cárcel; lo que guardas como un secreto —pensando que aciertas— se transforma en un veneno del que tendrás que desprenderte. El relato enmudecido mancha la misma materia que silenciamos. Existen memorias desvaídas,¹ con recuerdos menguados, apagados y desfigurados. El secreto, que, según su etimología (*segreda, secretus*), era el grano que se apartaba, marca el arrinconamiento y la separación.² Estará lo visible y lo invisible, lo manifiesto y lo íntimo, lo expuesto y lo oculto.

El silencio anuncia que franqueas fronteras de un cariz distinto, las del encierro y la mentira, pero también las del misterio y lo sagrado. El silencio y lo sagrado se frecuentan, se miran, se admirán; ninguno de los dos quiere dejar rastro. Les gusta alejarse, esconderse, apartarse y a veces huir.